

A Clementina
le encanta el rojo

KRYSTYNA BOGLAR

Ilustraciones de Bohdan Butenko

Traducción del polaco de
Marta Słyk y Ernesto Rubio

 Siruela

Las Tres Edades

MARIO

CRISPÍN

ANA

CROQUETA



RAMÓN ROMÁN

MANZANILLA



CAPÍTULO I

en el que encontramos a Manzanilla y perdemos de vista la tranquilidad

Era sábado, 26 de agosto. Por qué es tan importante esta fecha lo descubriremos un poco más adelante. De momento, podemos decir que aquel fue un sábado especialmente largo y aburrido. A nadie le hacía mucha ilusión la perspectiva de irse pronto a la cama. Pero bueno, ¿qué otra cosa puede hacerse en una casa en la linde del bosque al caer la noche? Los adultos, por supuesto, encuentran siempre alguna solución a todo esto, pero ¿qué pueden hacer los niños? ¿O las gallinas, por ejemplo? Las gallinas nos sirven muy bien de ejemplo, porque, como todo el mundo sabe, en los pueblos lo normal es «acostarse con las gallinas». Y en un pueblo estaban, en uno que llevaba por nombre la Aldea del Ángel, aunque todo el mundo lo llamaba Villavacaciones. Así lo llamaban mamá, papá e incluso la regordeta señora Natillas, dueña de la casa donde todos se hospedaban. Por supuesto, ella se llamaba también de otra manera, pero Ana había



EN LOS PUEBLOS LO NORMAL ES

tenido la genial idea de apodararla así, porque la señora Natillas se encargaba de suministrar a todos los veraneantes de la zona una crema de leche riquísima que servía de acompañamiento imprescindible a las fresas silvestres y a los raviolis con queso blanco.

Y, aunque día de raviolis no era, aquel sábado en particular se convirtió en una jornada muy importante en las vidas de Mario, Ana y Croqueta. Croqueta, no sin cierta dificultad, se había sentado en la valla que separaba el gallinero de la hilera de girasoles y balanceaba las piernas con desgana mientras iba pelando las pipas de un girasol que tenía justo enfrente. A la señora Natillas esto la enfadaba siempre mucho, porque los girasoles tenían las



«ACOSTARSE CON LAS GALLINAS»

mejores partes mordisqueadas y peladas, y eso quedaba muy feo, pero Croqueta era tan glotón que ni siquiera las amenazas de su padre habían servido para algo.

Así que allí estaba, sentado en aquella valla que crujía peligrosamente, dándole vueltas a lo que harían al día siguiente, porque, claro, en vacaciones los domingos no se diferencian en nada del resto de los días de la semana.

—¿Tú qué dices? —preguntó y escupió una cáscara de pipa—. ¿Que mañana también tocará pollo hervido para comer?

—Seguro —respondió Mario mientras se rascaba con ganas las picaduras de mosquito que le cubrían la parte trasera de las piernas.

A Mario no le gustaba nada el pollo hervido, pero en aquella aldea perdida en medio del bosque, a treinta kilómetros del pueblo más cercano, no se podía pedir mucho más. Bostezó haciendo mucho ruido y levantó la vista más allá de las altas copas de los pinos, que los últimos rayos del sol teñían ya de rojo.

—¿Vamos corriendo a ver al Rey de las Ranas?

—Vamos si quieres —contestó Croqueta consiguiendo bajar a duras penas de la valla—, pero que conste que muchas ganas de correr no tengo.

Quizá deberíamos explicar que Croqueta en realidad se llamaba Darío, aunque nadie se acordaba ya de ello, ni siquiera su madre, y eso que en su día le encantaba el nombre. De todas formas, esto no tiene nada de especial, pues el apodo «Croqueta» le iba como anillo al dedo. Hasta donde alcanza la memoria, Croqueta siempre había sido un niño regordete y no le gustaba nada todo eso de moverse. Mario resopló resignado y asintió con la cabeza.

—¿Avisamos a Ana? —preguntó por preguntar, dado que sabían de sobra que a ver al Rey de las Ranas siempre iban los tres juntos.

Ana acababa de terminar el ritual vespertino de regar las flores y estaba dejando la regadera junto al barril que recogía el agua de lluvia.

—¡Vamos! —exclamó Mario y olfateó un poco el aire.

Desde la cocina, a través de la ventana abierta, venía planeando un olorcillo a pastel de ciruelas.

—Ni se te ocurra —dijo Ana mientras se acababa de

secar las manos—. Hoy no toca. Natillas no nos dará ni un trocito.

—¿Cómo es que solo podemos comer pastel los domingos? —preguntó nervioso Croqueta—. ¡Es una injusticia absoluta!

En esa cuestión, los tres estaban de acuerdo. ¿Por qué cosas tan deliciosas, como lo eran sin duda un pastel de ciruelas o una tarta de nueces, se preparaban solo los sábados? ¿Y por qué no podían comerse hasta que llegaba el domingo?

Los niños volvieron a aspirar una vez más el aroma de la tarta y se dirigieron lentamente en fila india en dirección al estanque a cuyo alrededor se alzaba un tupido bosque verde y oscuro.

El estanque —es decir, el País del Rey de las Ranas— lo habían descubierto por casualidad, al principio de su estancia en Villavacaciones. Jugando a indios y vaqueros, con las plumas de rigor metidas en medio del pelo desordenado, se habían separado en busca de Ramón —o Flecha Verde—, que estaba oculto en algún lugar del matorral. De pronto, desde detrás de un enorme roble, se oyó un grito y el ruido de algo que chocaba contra el agua, lo cual fue suficiente para que Croqueta, que ese día estaba de guardia en el campamento, saliese corriendo de la tienda. Resultó que se trataba de Román, el mismísimo Viejo Escarabajo, jefe indio y guerrero supremo, que se había metido hasta el cuello en el estanque cubierto de lentejas de agua. Entre todos unieron sus

fuerzas para pescarlo, y, mientras se quitaba la ropa empapada, una enorme rana verde saltó desde el bolsillo de su camisa.

Por supuesto, esta última era el mismísimo Rey de las Ranas, el amo y señor del estanque sin fondo, el rey cuyo reino, pese a no ser muy grande, estaba inmensamente poblado de extraordinarias ranas ciudadanas. Hasta tenía su propio coro, que daba extraordinarios conciertos nocturnos.

Así que en fila india iban. Mario encabezaba la marcha, hasta que, de pronto, se paró en seco. Por supuesto, Croqueta se chocó contra él con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirarlo al suelo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ana, que iba cerrando la fila.

—Chsss —murmuró Mario mientras intentaba oír algo.

—Te-te-tengo miedo —tartamudeó Croqueta para curarse en salud.

Croqueta siempre tenía la sensación de que, una vez le entraba el miedo en el cuerpo, los problemas desaparecían, pues, llegados a ese punto, la cosa ya no podía ir a peor.

—¿Lo oís? Alguien está llorando —dijo y señaló un arbusto cubierto de flores de color violeta—. ¡Allí!

Los tres escucharon un leve gimoteo.

—¿Será un fantasma? —preguntó Croqueta retrocediendo.

—Los fantasmas no gimotean, sino que hacen sonar las cadenas —contestó Ana convencida.

—¿Y si no tienen cadenas? —preguntó Croqueta con voz temblorosa.

—Vamos —ordenó Mario, y comenzó a abrirse paso hacia el arbusto en cuestión.

—Igual me puedo quedar en la retaguardia —murmuró Croqueta.

Ya tenía ganas de poner pies en polvorosa de vuelta a casa, pero su hermana, que estaba justo detrás de él en medio de la estrecha senda, le cortaba la retirada.

—Vamos, cobardica —dijo Ana empujando a su reticente hermano mientras se abrían paso entre los arbustos llenos de pinchos.

Quisiera o no, a Croqueta le tocaba avanzar. Poco a poco, fue arrastrando los pies y apartando las ramas con cuidado. Con gran esfuerzo, intentó controlar la gran sensación de miedo que lo embargaba, que le paralizaba las piernas y que hacía que se le torciesen los labios como si estuviese a punto de echarse a llorar.

—No voy a llorar. No tengo ninguna intención de llorar —se repetía una y otra vez mientras iba tropezando con las raíces que sobresalían.

Entretanto, Mario consiguió llegar por fin al arbusto cubierto de flores de color violeta y separó con delicadeza las ramas.

Lo que vio lo dejó tan paralizado que ni siquiera fue capaz de responder al susurro ahogado de Ana, quien le

tiraba del brazo queriendo descubrir cuanto antes el origen de los misteriosos gimoteos.

—¿Qué hay ahí? —preguntó Ana impaciente ante el silencio de su hermano.

—¿Qué hay ahí? —repitió como un eco Croqueta.

—Una niña —respondió Mario sin acabar de dar crédito—. ¡Una niña pequeña!

—Déjame ver —ordenó Ana, y, apartando una rama, miró por encima del hombro de Mario.

Junto al arbusto, en un promontorio de musgo verde, había sentada una desconsolada niña pequeña. Llevaba un vestido rojo de tejido brillante y, en la cabeza, anudado, un pañuelo rojo. No paraba de sollozar. Con su sucia mano pegada a la carita, miraba con los ojos muy abiertos a los tres niños.



CROQUETA
LA MIRÓ
DE REOJO

